

PAPELES DEL FESTIVAL
de música española
DE CÁDIZ

Nº 2 Año 2006

En Memoria de Manuel Castillo

Director

REYNALDO FERNÁNDEZ MANZANO

Consejo de Redacción

CANDIDO MARTÍN FERNÁNDEZ
MARÍA JESÚS RUIZ FERNÁNDEZ
JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD
MARTA CURESES
EMILIO CASARES RODICIO
DIANA PÉREZ CUSTODIO
ANTONIO MARTÍN MORENO
MARTA CARRASCO
ALFREDO ARACIL
MANUELA CORTÉS
MARCELINO DÍEZ MARTÍNEZ
OMEIMA SHEIK ELDIN
JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ VERDÚ

Secretaria

M^a. JOSÉ FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Depósito Legal: GR - 2352 - 2006

I.S.S.N.: 1886-4023

Edita

© JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura.
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN MUSICAL DE ANDALUCÍA

LA MATERNIDAD TRANSFERIDA AL ARTE

*Teresa Catalán*¹

(Compositora)

Abstract:

Maternity Transferred to Art

Based on her analysis of the relationship between the nature of art and maternity, the author considers art from the perspective of the identity of the creator, of her experience and commitment to her creations; and maternity in light of its role in culture. This article provides a comparison between art and maternity, highlighting correspondences between the two. In the end, both are integrative creative processes that demand heightened consciousness and a serious and profound ethical commitment. These in turn lead to a vision of art and maternity, not as ersatz processes but as corollaries of freedom itself. Catalán concludes with some ideas about masculine and feminine maternity in society today and in the future.

Donde todos piensan igual, ninguno piensa mucho
Walter Lippmann²

Reflexionar sobre *la maternidad transferida al arte*, es un atrevimiento que abordo desde mi experiencia en las direcciones propuestas: como creadora (desde la música), y como madre biológica. No parece oportuno mezclar asuntos de distinta índole -como son los puramente personales con aquellos de interés profesional-, pero estoy convencida de que sin la aportación de esa práctica, no hubiera planteado esta doble visión, la habría analizado con una perspectiva muy distinta a la que propongo, o quizá, ni siquiera la hubiera expuesto. Pido disculpas, por tanto, por las referencias personales que en este caso resultan inevitables y por el uso de la primera persona en el texto.

¹ (Compositora. Doctora por la Universidad de Valencia y Catedrática de Composición e Instrumentación en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid).

² Periodista estadounidense, (1889 – 1874).

Avala mi planteamiento también el hecho de que no es éste el foro para aproximarse a la maternidad más allá de la vivencia y la observación, por lo que dejamos los asuntos científicos específicos para quien deba abordarlos. Mi aportación aquí será relacionar dos aspectos que no sólo son importantes, sino incluso determinantes en una vida: el *arte* y la *maternidad*, pero la reflexión al examinarlos en conjunto está fundamentada –como ya he dicho– en la experiencia, que naturalmente no es transferible y por tanto, tiene una gran carga de ideas personales, así como vivencias y circunstancias precisas a las que he puesto una mirada atenta para analizar aquí, sincera y abiertamente.

Como mujer en la madurez, percibo la experiencia del tiempo vivido, que me ha enseñado a ser consciente de que soy hija de mi historia tanto como producto de mi propia capacidad para transformar esa historia. He llegado a los 50 sintiendo que finalmente empiezo a parecerme a mí misma, pero considerando a fondo el tema que expongo hoy para presentarlo con claridad y enjundia, me he visto inmersa en cierta confusión moral porque tengo que empezar acusándome de un pecado de orgullo: orgullo por ser mujer y orgullo por ser madre, dicho sea para disipar cualquier duda. Hago esta observación porque cuestionarse la maternidad como esencia o como objetivo, no me hace olvidar esa realidad, afortunadamente vivida, de la que me siento muy gozosa y que ha contribuido de forma determinante a la percepción de esta madurez en plenitud.

Después de verme obligada a confesar mi falta, reflexionando sobre el asunto aparece sobre la mesa otro problema: cómo elaborar con claridad un discurso que vaya más allá de lo que es previsible en estos casos, como es por ejemplo una visión de la *representación* de la maternidad a través del arte (pintura, literatura, música...) en una transferencia explícita, algo que me ha parecido una visión extraordinariamente endeble en el caso de la música y ociosa en el caso de las artes plásticas ya que resulta accesible a cualquier curioso que ojee una enciclopedia ilustrada.

Desde luego en mi opinión, el problema de abordar la maternidad, pero transferida al arte es mucho más profundo, más intrincado, y quizá debe hacerse estableciendo con claridad los puntos de partida que organicen un orden y nos permitan clarificar aunque sea algunos aspectos de su complejidad.

En lo que se refiere a la maternidad, es ineludible referenciarla desde su dimensión biológica, pero nos interesa más su concepción como relación cultural, porque aunque presenta variantes según la fase histórica, concede siempre a la madre el papel de atención y cuidado afectivo y activo del hijo, con la idea de que su amor es sagrado. Se concibe por tanto como una forma de proyección vital, única, que ha permanecido como función primordial en la existencia de la mujer hasta bien entrado el siglo XX. Es decir, la maternidad ha significado la plenitud de lo femenino, lo mejor para la mujer, y desde ahí, se convirtió en su única biografía, en una construcción, un rol social, y no sólo algo meramente biológico.

Y respecto al arte, no parece práctico entrar en el camino sin salida de definirlo porque sabios ha habido en la historia que lo han intentado y no hemos visto todavía que se haya

conseguido a plena satisfacción, sobre todo cuando las axiomas del arte proceden (como dijo Tolstoi) *cuidando sólo del placer que el arte puede producir o produce y no del cometido que el arte puede y debe desempeñar en la vida del hombre*.³ Podríamos añadir también que con frecuencia, las definiciones vienen del mundo del arte a modo de proclamas endogámicas de artistas o críticos en cada época, que normalmente han sido –y son– partidarios de una u otra tendencia... en lugar de definiciones, parecen manifiestos.

Por otra parte, si los múltiples sentidos de la obra de arte *son* la obra de arte misma, ¿cómo nos vamos a atrever a limitarla con una definición, es decir, encerrándola en una declaración, en un lugar único?. Efectivamente, a mi juicio, una definición del arte será siempre una limitación y una reducción, en un tema cuyos atributos más visibles son el orden, la heterogeneidad, y la complejidad. Puede ser también que ninguna tesis es convincente porque el concepto mismo de definición es inaplicable al campo de las teorías del arte, sea cual sea la base desde la que se plantean.

Por tanto, no abordaremos el problema desde el punto de vista de la naturaleza del arte, sino desde la idea particular del creador, es decir, desde la experiencia vital del que hace con lo que hace, que además nos centra con más precisión en el eje de nuestro examen.

Pretendo establecer ahora *qué considero como creación*, o mejor, en qué medida el creador en la acción de crear tiene una relación con la maternidad; en definitiva, expondré el punto de vista de quien crea en primera persona, de la misma forma que me refiero a la maternidad desde la realidad de su experiencia, y no desde la teoría de su valoración en abstracto.

Queda claro que no parto desde la visión de un auditor del arte, cuya realidad se concreta en la *percepción*, sino de la relación de un productor del objeto artístico con ese objeto, es decir con el arte, entendiéndolo que si no establezco alguna acotación, iba a tener dificultades para llegar a un punto concreto, y desde luego no podría alcanzar ninguna conclusión.

Veamos pues, cuál es la vivencia, el impulso, la realidad de un creador.

El arte nos enfrenta a nosotros mismos, y no vamos a olvidar aquella razón de Schoenberg cuando afirma que “...*cada creador crea por la sola razón de liberarse de la gran presión que sobre él ejerce la necesidad de crear*”,⁴ así, cuando se plantea su trabajo, lo hace desde esa ansiedad y encarando fundamentalmente un mundo de preguntas porque la obra nace desde dos grandes interrogaciones: una *sobre* el mundo y otra *frente* al mundo, aunque la gran frustración del artista es que partiendo de grandes interrogantes, no consigue jamás una respuesta. Ese es el enigma, el objeto creado no rubrica, no da respuestas... invita a seguir buscando.

³ TOLSTOI, León. *Qué es el arte*. Barcelona : Ed. Península, 1992.

⁴ *En El estilo y la idea*. Barcelona : Idea Books, S.A., 2005

El creador se encuentra ante el desafío de ser él mismo, de descubrir su propia unicidad en toda su potencia. El acto de comprometerse con la demanda de “ser y hacer” enraizada en el tiempo y la cultura a la que se pertenece es la encrucijada. “...*Existir es pensar, y pensar es comprometerse*”, decía Bergamín.⁵

Lo que requiere pues la disciplina creativa como elemento ineludible es la consciencia, y esa consciencia implica todas las facetas. Esto es porque quien se compromete con el pensamiento no lo hace sólo para crear. El pensamiento es un camino sin retorno.

Freud define la creación como *una de las fases de mayor movilización del aparato psíquico*. Junto con el duelo y el sueño considera que *estos tres procesos implican una profunda conmoción interna*.⁶ Y es que cuando se camina en el aprendizaje de la materia creativa (cada obra es un aprendizaje), o se reflexiona sobre el significado del proceso en la creación, se hace desde una actitud de implicación y vivencia (como forma de consciencia), del mundo que nos rodea.

En definitiva, crear es entrar en la consciencia humanística y científica del mundo y sobre todo, del tiempo que nos toca vivir. Y es que el arte no se referencia a sí mismo. En realidad, para un creador es una forma muy particular de participación activa en el complejo tránsito vital. Por tanto, el creador no es, no puede ser hoy un ser aislado, incomunicado o inconsciente; al contrario, es un crítico activo en constante labor de revisión de aquello que le rodea y que –necesariamente– le importa puesto que no sólo le afecta, sino que en alguna medida le condiciona.

Pero la implicación, la consciencia y la participación en el entorno vital va adaptándose a los tiempos. Así, el llamado posmodernismo hace militantes en un elemento que a priori parece (es) un bien, pero que inmediatamente tiene consecuencias perversas: ese posmodernismo plantea un profundo respeto para todas las opiniones, para todas las opciones sean ideológicas o estéticas. Eso es legítimo claro, una especie de *mundo feliz*; el problema aparece cuando ese principio indiscutible esconde falta de valor para enfrentarse a las ideas, o bien encubre falta de compromiso para reconocerlas, arriesgarse con ellas, defenderlas, o llevarlas a cabo, uno de los legados que yo identifiqué –por ejemplo– en mis maestros. Desde mi punto de vista, el artista no se lo puede permitir, porque se debe convertir en un ser definido a través de su obra. Es, por tanto, un ser comprometido pero sujeto a una gran presión: la constante revisión ética que marca los límites de su propia realidad y que sobre todo, concreta la autenticidad de un discurso que de otra forma podría estar contaminado por modos o por modas que aparentan novedades salvadoras. “*El artista es un medio, no un fin*”, como afirma Josep Soler.⁷

⁵ BERGAMÍN, José. *El pozo de la angustia*. Barcelona: Anthropos, 1985

⁶ SIGMUND, Freud. *Psicoanálisis del arte*. Madrid: Alianza Editorial, 1979.

⁷ AAVV. *14 Compositores españoles de hoy*. Oviedo: Publicaciones de la Universidad de Oviedo. Col. Ethos Música, 1982.

Parece una trivialidad la afirmación de que el creador comunica, o quizá no lo es, si tenemos en cuenta que comunicación es un término que se debe explicar, porque en sí mismo no revela su alcance. Pero miremos hacia atrás porque hay un previo a esta observación. En realidad, la gran *interrogación* no nos enfrenta al problema de la comunicación al menos en primera instancia, a lo que nos induce en primer lugar es a nuestro vacío, a nuestra limitación, a nuestra impotencia, a nuestra realidad en estado inaprensible pero latente.

Como dice Eco, *el arte expande nuestra consciencia*,⁸ y me permito recalcar que expande esa consciencia ante la interrogación, que aunque genera gran angustia, sitúa al creador en un aliento transmisor más capaz que quien no practica ese tipo de consciencia. Además, desde ese entendimiento y ese compromiso, su actitud es movimiento, es búsqueda y propicia el cambio, lo distinto, es decir, siempre queda movilizado. Ya hemos dicho que cada creador se enfrenta a esa movilización, por la sola razón de liberarse de la gran presión que sobre él ejerce la necesidad de crear (una maternidad que se presenta como algo natural e inevitable), y así, en primer lugar, crea para su propia satisfacción, ya que al entregar al público su objeto, pretende decir a quien le atiende –por lo menos inconscientemente– algo de valor: la transmisión de una emoción (no necesaria o únicamente afectiva, puede ser intelectual).

Quizá ese objeto se expresa como una manifestación individual de la relación del *yo* con el mundo, pero ese objeto, sólo es ese objeto. Una tautología que se cierra sobre sí misma, pero que nos provoca enfoques muy abiertos a la hora de espectarlo, y a través de la entrega absoluta en el momento de la creación, se concreta de forma que el artista precisa de nuevo la creación de otro objeto, de una nueva maternidad. Y todo empieza de nuevo...

Hablamos siempre de ansiedad y misterio, porque cada una de las etapas de la creación (concepto – proceso - objeto) lleva a su lado dificultades específicas: desde el miedo al contacto con el mundo fantasmático o con los procesos primarios, hasta la percepción de una derrota: “*No es esto lo que yo quería decir*” o –más frecuentemente– “*siempre me quedo corto con respecto de lo que realmente aspiro a decir*”. Recuerden aquella hermosa expresión de Gabriela Mistral: *De toda creación saldrás con vergüenza porque siempre será inferior a tu sueño*.⁹

Pero es a través de esta realidad severa como el creador adquiere una presencia autónoma: la revelación de un mundo nuevo, alumbrado por su inseguridad y su pasión, por cierto, tantas veces vivido con el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad. Y además, el arte, como la maternidad, dignifica porque es un acto supremo de generosidad.

Creo que hasta aquí, la referencia está trazada... la creación es el mundo activo y locuaz del pensamiento, de la imaginación, sometida a un proceso intelectual, al estudio, al tra-

⁸ ECO, Humberto. *Obra abierta*. Barcelona : Ed. Ariel, 1979.

⁹ MISTRAL, Gabriela. Poema “Decálogo del artista” en *Desolación. Obras selectas. Vol. III*, Santiago de Chile, Del Pacífico, 1957.

bajo sin límites, a la identificación con un medio (color, sonido, etc.) hasta el punto que se convierte en *el* medio de expresión; aunque el artista sabe -porque le cuesta mucho su conquista-, que se expresa siempre desde la escenografía de la abstracción, hasta conseguir que la más leve insinuación, un tenue acento sonoro, sea capaz de reflejar la globalidad, la intensidad y la realidad soñada del impulso vital. Una forma profunda y gloriosa de maternidad.

Centrándome ahora en comparaciones, puedo percibir que mi trabajo desde el arte, -que ya he explicado como relativo y dúctil-, me ha enseñado flexibilidad para entender la maternidad. Y la maternidad que es una sólida experiencia de vida, me ha enseñado a emprender mi trabajo creativo con plena consciencia, en una interacción gozosa y sufriente de un valor vital único e insondable.

Después de centrar con estos comentarios las ideas sobre maternidad, arte y creador -necesarios para la próxima teoría-, abordo un pequeño esquema de relaciones entre arte y maternidad puesto que no son pocas las coincidencias, transferencias, interacciones e incluso contradicciones que podemos encontrar. Veamos:

- La maternidad tiene que ser un mundo de comunicación, un mundo interactivo... una forma de relación, que también se consigue a través de la expresión -comunicación artística (aunque no siempre se vive la maternidad biológica comunicada, sino sometida desde las leyes de la cultura)¹⁰.
- Creación y maternidad, son generadoras de vida: una propicia pensamiento, y otra garantiza la supervivencia de la especie. Pero inmediatamente después de transferir vida y disfrutar de la sensación de plenitud que provocan ambas, aparece la gran frustración que deriva de la incapacidad que tenemos de transmitir nuestra experiencia. Además, hay también otras formas de frustración: Muerte de las expectativas, muerte del sueño; desequilibrio en los afectos; ilusión del ideal roto; etc. Siempre se habla de la estrecha relación de la madre (seno materno) y su hijo, pero nada se dice de la frustración ante el alejamiento, la huida o la autonomía del hijo..., ni de la imprescindible emancipación de la obra a través del intérprete, o de la venta de esa obra...
- Cualquier forma de maternidad (intelectual y/o biológica), es una proyección de la ilusión en lo real, por tanto alimenta nuestro mundo interior y sirve a su potenciación.
- Cualquier forma de maternidad es una forma de egoísmo (proyección y supervivencia del yo, depósito de frustraciones, etc.)

¹⁰ En su libro dedicado al amor materno, Elisabeth Badinter defiende que el instinto materno es un mito. Además, en lo que se refiere al amor materno, en su opinión, no se puede dar por supuesto. (BADINTER, Elisabeth, *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel (XVIIIE-XXE Siècle)*. Paris : Ed. Flammarion, 1980).

- La madre artista (entiéndase siempre hombre o mujer) propone y exige a su criatura autonomía; en cambio, la madre biológica, pide -y da-, fidelidad eterna.
- La madre artista, propicia en su criatura esa autonomía, porque la urgencia de nuevas obras se lo impone. El artista, sabe de esa renuncia antes de empezar... y se siente potente para seguir en su proceso generativo. La maternidad biológica, termina, incluso como posibilidad.
- Cualquier forma de maternidad es una forma de poder.
- Cualquier forma de maternidad es una forma de generosidad. (La madre religiosa acepta las renunciaciones, la madre humana, *sufre* esas renunciaciones)... El artista es generoso intelectualmente, propone conocimiento y lo transmite.
- Como la maternidad, el arte, después de haber servido en su proceso histórico a la magia, a la religión y al estado, ya no es servidor más que de sí mismo. Se ha producido el cambio que ha llevado de la obligación a la libre disposición de esas realidades.
- Ambas formas de maternidad, requieren un gran compromiso ético.
- Ante la maternidad biológica, hemos perdido el instinto y hemos encontrado apoyo en los dulces y cómodos brazos de la tecnología; y ante la maternidad creativa, hemos perdido la necesidad, porque ya no se concibe en un sentido trascendente, sino comercial.
- Hoy no es esencial para una mujer ser madre biológica porque tiene otras opciones para nutrir su expectativa de maternidad. Ganada la conciencia de maternidad intelectual, es este un momento en el que la libertad de la mujer es absoluta.
- Hoy, la maternidad está al servicio de las posibilidades económicas, y el arte, al servicio de las posibilidades del mercado... un mercantilismo generalizado y brutal. La maternidad en ambos sentidos, como expresión más elevada del ser humano, está perdida en la gran trampa de un orden social implacable, que arrasa todo vestigio de su valor trascendente. Y ante la pérdida de la trascendencia, aparece también la ausencia de ilusión creativa y un gran desencanto para abordar el esfuerzo constante de la necesaria revisión ética.
- Ambas maternidades, son fuente de plenitud, pero también producen depresión, insatisfacción.

- Ambas situaciones son productoras de un gran sentido de responsabilidad, por lo que aportan (vividias conscientemente) grandes dosis de madurez.
- Si hay una búsqueda de equilibrio entre lo humano y la naturaleza, se podría reflexionar sobre el hecho de que en la idea de maternidad biológica, cada vez hay más intervención humana, es decir, más alejamiento de lo natural, como ocurre con la maternidad creativa, que es un invento humano... quizá en ese sentido, habría que recapacitar para encontrar el equilibrio. Y en cualquier caso, es una realidad que las acerca y nos permite destacar que ambas precisan cada vez más consciencia e –insistimos otra vez-, más compromiso ético.

En definitiva, cualquiera de las dos formas de maternidad, son un proceso creador integrador, que a mi juicio ayuda a elaborar y resolver la disociación entre la vida personal y cualquier forma de pasión generadora, progeneradora.

Pero la creación y la maternidad no pueden ser vistas como la posibilidad de implementar zonas de trabajo o de afianzamiento personal, que constituyan un desahogo respecto de la presión de la vida cotidiana. Cualquier forma de creación, no es un sucedáneo de la libertad, la creación debe ser *el corolario* de la libertad.

Hay un enemigo que nos confunde: uno de los factores que regula la maternidad, y también la filosofía y el arte es la muerte (la angustia y el estupor frente a la muerte). Frente a esta zozobra, en la idea de ciencia y de técnica está el mito de la felicidad (la confianza en el progreso ilimitado, en el dominio del mundo). Vistas las maternidades desde esa confusión, estamos abocados a la máquina. Desaparece el ser humano ahogado en el puré espeso de la prevalencia de los valores más pragmáticos frente a los más místicos o extáticos.

Reflexionando sobre dos formas de maternidad, las he comparado y he definido la posición del creador, pero quiero añadir algún apunte que no pretende un discurso feminista (nada más lejos de mi propósito y de mi militancia).

Observamos, que a lo largo de nuestra historia el rol de maternidad desde la creación (y de todo tipo de ideas significativas para nuestra evolución y organización), lo ha ostentado el hombre, y el de la maternidad biológica, la mujer (aunque de seguir así es posible que esto no sea inamovible), según un modelo tribal y social nacido a finales del neolítico (hace unos 5.000 años). Esta organización va cambiando, perdiendo su anclaje en roles sociales específicos y mutando hacia la participación en el trabajo, la política, la búsqueda personal, la relación de pareja como iguales, en lugar –como decía- de que la maternidad ocupe el primer y único lugar.

Pues bien, vemos cómo el instinto maternal del hombre (que a estas alturas nadie se atreve a negar al menos como necesidad de supervivencia), se ha visto satisfecho históricamente

con la realidad de su maternidad creativa, y ha relegado a la mujer, desde su poder, a una función biológica exclusivamente, negándole cualquier opción que implicara pensamiento, creación, o comunicación de su yo pleno (por encima de su yo funcional). Éste es el perfil de nuestra realidad cultural, visto en síntesis. Así han sido los hechos de nuestra cultura: el hombre en el poder intelectual y social y la mujer en su función sumisa y colaboradora garantizando la reproducción.

Pero el progreso humano, su evolución, su sofisticación, ha hecho perder el instinto biológico, y con el apoyo de la ciencia, ha puesto a la mujer en condiciones de controlar a su albedrío la libertad reproductora. Ya no espera su rol de forma sumisa, quizá, porque como decía Mizrahi, *las mujeres que aprenden a pensar con lucidez ya no esperan*.¹¹

Hoy, con más tiempo recorrido y aprendido, más cultura, más identidad y menos instinto, la mujer se ha incorporado al otro poder: ha empezado a pensar activamente y forma parte por derecho y voluntad del cuerpo del poder absoluto: *Es madre por partida doble*. Y lo es porque ha inundado el espacio de la creación y por tanto del conocimiento.

Y así, es dueña ya de tres poderes: la maternidad biológica, la maternidad creativa, y por la lógica de los hechos, del poder de su libertad. Dicho de otra forma: La mujer ha redefinido su papel frente a la maternidad, pero el hombre no lo ha hecho... ¿deberían ellos reflexionar sobre su nueva situación, sobre la nueva distribución de fuerzas, deberían revisar algo?... Mientras lo hacen o no, la *acción* femenina perseverante, silenciosa, sin necesidad de cupos, hace un cuerpo de pensamiento y de reorganización social que actúa en el fondo mismo de la articulación social.

Nosotras nos hemos visto obligadas a hacerlo, porque hemos reconocido como mujeres y madres una inestabilidad tan honda, un proceso tan duro, que tenemos conciencia de hasta qué punto tenemos necesidad constante de redefinir nuestra identidad, nuestra función y nuestro sentido. Y nos hemos puesto manos a la obra.

Con esta nueva visión, también ahora somos conscientes de hasta dónde llega nuestra sombra de poder y nuestra influencia... nos hemos integrado en un mundo que nos fue ajeno y que hoy hacemos propio... pero no podemos perder el tiempo en *competir*, ni podemos cometer errores. Quizá nos corresponde transmitir, humilde pero eficazmente nuestra experiencia, en un mundo cada vez más deteriorado y más desorientado, sin comunicación ni compromisos ante el becerro de oro del éxito y el oro del becerro (que becerro es, en cualquier caso).

Como conclusión fundamental, planteo que si no hay una revisión que nos lleve a actuar en la línea de intersección de la estética y la ética, que nos conduzca hacia un proyecto de humanidad fundamentado históricamente y formulado humanística y artísticamente, es posible que en realidad estemos ante los epígonos de una civilización (aunque suene con

¹¹ MIZRAHI, Liliana *La mujer transgresora*. Editorial: Grupo Editor Latinoamericano, 2002.

una ampulosidad que no pretendo), que empieza siempre por el olvido de su propia realidad, por la avería de su norte comunicado y por la pérdida de un pensamiento profundo y sublime, que no se agote en la absurda y estéril repetición de sí mismo. Vayamos pues tras ese pensamiento *movilizado*, con una acción que sepa asumir y superar los errores que produce la búsqueda.

Alguien dijo ya que siempre es más honesto equivocarse buscando, que vivir asentado en un acierto estéril, aunque "...ir porfiando por la senda errada, más de necio será que de constante".¹²

¹² Francisco de QUEVEDO.